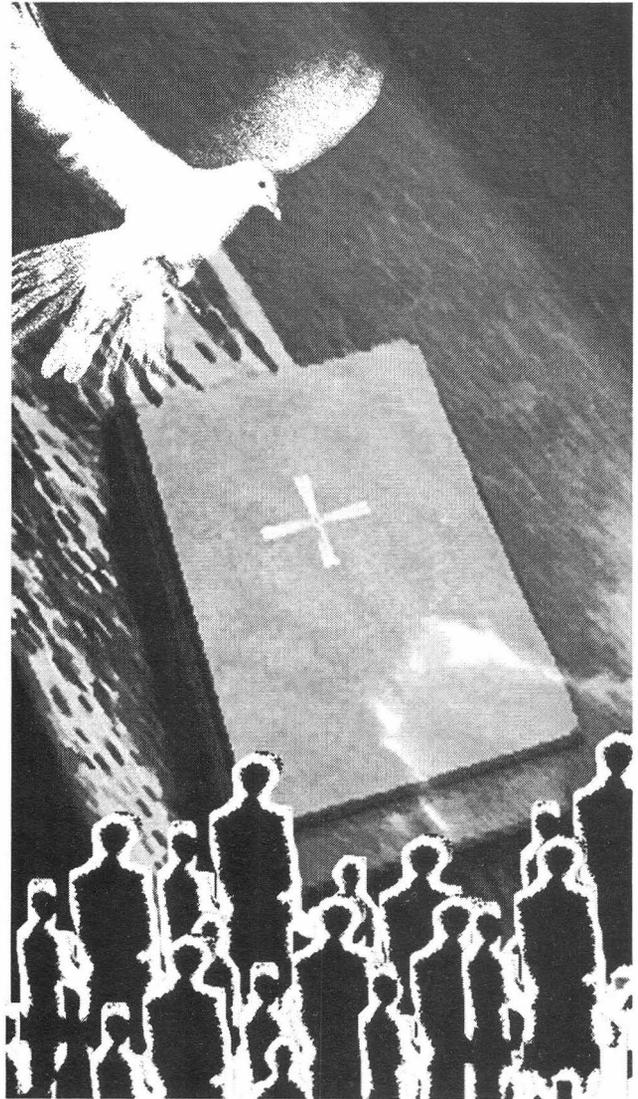


Reeducación para la tolerancia



Luz Stella Arango de Buitrago

Ponencia presentada en el Congreso de Exalumnos de la Universidad Pontificia Bolivariana, sobre desarrollo social y humano, el 8 de septiembre de 2006.

Reeducación para la tolerancia

Luz Stella Arango de Buitrago

Ponencia presentada en el Congreso de Exalumnos de la Universidad Pontificia Bolivariana, sobre desarrollo social y humano, el 8 de septiembre de 2006.

Debo confesarles que dudé mucho antes de aceptar la invitación que me hicieron a participar como oradora en este evento. A primera vista, no encontraba una relación novedosa entre la Universidad y el desarrollo social y humano. Claro que es importante formar profesionales en las distintas áreas, pero yo no encontraba algo especial que me permitiera presentar un nuevo enfoque de la misión de la Universidad en la coyuntura actual. Afortunadamente, los años suplen a veces la falta de imaginación con el recuerdo de anécdotas iluminantes y mi ya larga experiencia como abogada laboralista y la no tan larga pero intensa como funcionaria en el área de la protección social, me ayudaron a encontrar un tema que aparece no sólo pertinente sino de urgente consideración.

En un momento feliz de inspiración fue claro para mí que Antioquia tiene una clase dirigente superior y que ella no surgió por generación espontánea.

La Universidad Pontificia Bolivariana es al mismo tiempo el fruto de unos creadores talentosos y la formadora de los líderes que habrían de reemplazarlos. Lo interesante es que no se limitó a clonarlos espiritualmente sino que los adaptó para enfrentar con éxito desafíos diferentes. Me pareció entonces que el examen de las relaciones entre la Sociedad Civil y la Universidad que modificó, actualizándola, la mentalidad de la misma Sociedad Civil que la creó, podría darnos luces para buscar la manera de atender la necesidad más urgente de la región y de la Patria: la consolidación de un proceso de paz.

El desarrollo social y humano requiere como condición necesaria, aunque no parece demostrado que sea suficiente, de la existencia previa de un crecimiento económico sostenido. Colombia podría tener ese crecimiento si no estuviéramos empantanados desde hace muchos

años en la discusión de la manera perfecta de superar el conflicto violento que padecemos. No hay necesidad de llover sobre mojado repitiendo la conveniencia de dedicar a la salud, la educación y la investigación científica los recursos que hoy se emplean en seguridad. Tampoco es necesario demostrar que en un país en paz los inversionistas tendrían menos temor de iniciar nuevas empresas.

El tema para mi intervención iba a ser, entonces, analizar el potencial de las relaciones establecidas entre Universidad y Sociedad Civil con el propósito de intentar una nueva estrategia para cambiar la mentalidad fundamentalista de los intelectuales frente al proceso de paz. Identificado el tema tuve que resolver después el problema de la presentación. Participamos en un evento académico y quienes asisten poseen gran solvencia intelectual. Mi intervención debía tener necesariamente argumentos a la altura de los debates teóricos que podría suscitar. La credibilidad de la propuesta debía superar primero el riesgo de ser descartada por ingenua y luego, los actores a quienes yo confiaba la tarea de implementarla: la Iglesia Católica y sus universidades, debían ser examinados con todo rigor. Con tal fin elaboré un documento escrito. Por otra parte, era necesario presentar esa propuesta de viva voz y los documentos que se preparan para la academia se vuelven como discursos unos ladrillos muy poco amigables para cualquier auditorio por bien calificado que sea.

Para resolver el problema de la presentación, le envié a la Universidad el texto escrito para ser publicado y leído cómodamente en una biblioteca y preparé una charla donde expresé lo mismo de una manera más directa. Voy a tratar de explicar por qué es conveniente replantear el papel de la Iglesia, por qué debemos hacerlo asumiendo sin timideces nuestra fe en su doctrina y contándoles, después, por qué creo yo que estamos desperdiciando la herramienta de las universidades católicas que podría servir para adelantar una campaña evangelizadora de

reeducación para la tolerancia. Le doy importancia total a la tolerancia porque la carencia manifiesta de esa virtud es la responsable del fracaso de los procesos de paz que se han intentado no solamente en Colombia sino en todos los países que sufren conflictos antiguos.

Para que mi propuesta sea clara debo explicar inicialmente lo que entiendo por tolerancia. Un prócer mexicano dijo que el respeto al derecho ajeno es la paz. En mi opinión respetar el derecho ajeno no es muestra de tolerancia sino un deber cívico que espera de los demás una contraprestación en el mismo sentido. Aceptar cualquier tipo de conducta ajena puede ser cinismo o cobardía pero no es la tolerancia que necesitamos. Permítanme definir la tolerancia como el reconocimiento de que ni el mundo es como desearíamos que fuera ni nosotros somos como los otros desearían que fuéramos. A partir de esta definición resulta insensato aspirar a vivir en una sociedad que no haga concesiones, que no acepte, por ejemplo, la imposibilidad de implementar una ley de justicia y reparación perfecta. Nos da miedo ser tolerantes. Para ser tolerantes tenemos a veces que olvidar ofensas terribles y ahí es cuando solamente la fe cristiana basada en el amor a los enemigos nos puede dar la esperanza de que no volveremos a conocer las experiencias que decidimos olvidar.

Al repasar la historia de la Universidad Pontificia Bolivariana leyendo los documentos que se publicaron con motivo del sexagésimo aniversario de su reconocimiento como Pontificia, pude darme cuenta del propósito de sus fundadores. El año 1936 no les dice nada a las nuevas generaciones, yo misma no había nacido, pero fue un año de graves confrontaciones en todo el mundo, y en Colombia la educación religiosa era considerada por algunos extremistas recién llegados al poder como un verdadero peligro para el florecimiento de los ideales de la llamada Revolución en Marcha. Conscientes del peligro de una educación sin valores y ante la creación de

muy fuertes universidades laicas, los católicos de Antioquia crearon su propia universidad.

Las universidades transmiten información científica y enseñan técnicas y metodología para la investigación. Pero la cultura va mucho más lejos. Lo que se discute en la cafetería puede ser más significativo en la formación del estudiante. Los buenos modales, el respeto a la autoridad legítima, en una palabra, el reglamento de una universidad, forman el carácter de los nuevos profesionales. Nada de raro ni de malicioso tiene que los responsables de la vida social y económica de una ciudad se preocupen por darles a sus hijos el perfil ético que consideren más apropiado para la conservación del patrimonio cultural.

En ese año de su fundación, creo yo, los valores que estaban en peligro eran aquellos que el capitalismo destruye cuando llega de repente a cambiar una sociedad rígida por otra móvil y para hacerlo debe socavar los cimientos de la estructura feudal. Sin meterme ahora en honduras sociológicas, me interesa resaltar para efectos de mi propuesta, que la tolerancia no era en ese entonces un tema que estuviera en el orden del día. Por el contrario, sentirse amenazados pudo generar entre los católicos de la época una reacción más cercana al sectarismo que a la tolerancia.

Recordemos que en España se vivía un crudelísimo conflicto religioso y eran los tiempos del estalinismo de los partidos comunistas en todo el mundo.

Fue entonces una grata sorpresa encontrar en la historia de la Bolivariana como la llamamos cariñosamente y la seguiré llamando en gracia a la brevedad, una actitud tolerante desde el

comienzo. La rápida aceptación de la mujer en roles que la sociedad patriarcal reservaba a los hombres es un buen ejemplo. Atrevámonos, sin embargo, a señalar algo más sutil. La elección del nombre. Ahora al poder compartido de manera

civilizada por ideologías contrarias lo han llamado cohabitación y la cohabitación del confesionalismo propio de una universidad católica con la ideología de un librepensador del siglo XIX nos presenta un caso digno de resaltar como paradigma de tolerancia.



La Universidad iba a ser católica, cierto. Pero los antioqueños siempre han querido llevar el hierro entre las manos porque en el cuello les pesa y al bautizarla hicieron

la advertencia de que la enseñanza respetaría las conquistas criollas, la manera de ser de un pueblo que tiene su forma peculiar de entender el mensaje evangélico. Llamarla Bolivariana tuvo una intención del todo distinta a la de la breve dictadura que, sin mentalidad tolerante, pretendió unir las figuras de Cristo y Bolívar para fortalecer un autoritarismo dogmático. En cambio, la Bolivariana logró combinar la defensa de la doctrina de la Iglesia con la afirmación de las mejores tradiciones de la colonia emancipada sin menoscabo de la libertad de cátedra.

La Iglesia Católica desde la puesta al día que se inició con el papa Juan XXIII ha venido en un plan de redescubrimiento de su vocación. Por motivos diversos, a pesar de ser el amor a los enemigos el fundamento del cristianismo, ni la comprensión ni el diálogo habían sido el distintivo de Roma en los últimos siglos. El papa Juan Pablo II creyó oportuno reconocerlo y pidió perdón públicamente por las ocasiones en que la Iglesia fue inferior a su objeto social. Y no hizo tal gesto de manera genérica y vaga sino señalando los errores cometidos. Hoy vemos prelados en todo el mundo comprometidos con los sectores que tratan de encontrar soluciones negociadas a

las guerras fratricidas. En Colombia siempre hay algún prelado en las comisiones que se forman para rescatar víctimas de secuestros o de detenciones arbitrarias. Lejos estamos de los obispos que prohibían leer los periódicos liberales.

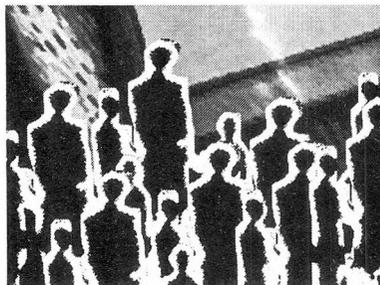
Lo que quiero afirmar en mi intervención de hoy es que no basta con la participación de representantes de la Iglesia o de la comunidad académica en los escenarios del conflicto en el papel de mediadores. Porque su acción – aunque avalada por las instituciones que representan – luce como algo personal. Nadie se atreve a expresarlo pero se nota el comentario reprimido del

vecino que piensa que el pastor tolerante es la excepción... La autoridad moral de las instituciones no tiene en este momento el peso necesario para imponer un mensaje de tolerancia y la idea es ponernos en la tarea de recuperar esa autoridad desvanecida demostrando que no es un cuento. Ella está plenamente justificada y tiene la capacidad de realizar el procedimiento curativo que la Sociedad Civil requiere para volverse tolerante.

En las iglesias se reza una oración por la paz tomada de la bellísima que se atribuye a San Francisco. Su texto nos dice lo que debemos hacer, pero para que esa buena recomendación se cumpla es necesario decirle también a quien la escucha cómo puede hacerlo. Además, quien la entona debe hacer parte de un equipo realmente comprometido con la enseñanza de la tolerancia. Tengo la impresión de que hoy se pronuncia la oración sin convicción, como una fórmula mágica que abre las puertas para que entre una paz artificial. Quisiera que debatiéramos la posibilidad de hacerle saber a los colombianos que la paz no es un asunto del Gobierno y algunas ONG. Que no es posible conseguirla por una ley ni por un milagro.

Las leyes que se han aprobado y los decretos reglamentarios que vendrán. Las providencias judiciales que resolverán problemas de interpretación de leyes y decretos. Todo será producto de largas reflexiones de compatriotas cuyo criterio está formado por una ideología. La sabiduría convencional imperante es una corriente del pensamiento que los arrastra en determinada dirección. De igual manera, las críticas que

se hacen en los medios, la aceptación que miden las encuestas, la voluntad de los afectados para someterse a lo prescrito, depende también de esa sabiduría convencional. Si la corriente de pensamiento sigue igual, el proceso sigue empantanado.



El olvido es el único castigo y el único perdón, dijo el sabio Borges. Siempre habrá argumentos para negarnos a olvidar. El más fuerte de ellos es el que enfrenta ahora Rodríguez Zapatero cuando trata de ponerle fin a los problemas del País Vasco. Su partido, le recuerda la oposición al jefe del Gobierno, dice que no podemos mutilar la historia, por qué debemos olvidarnos ahora de la más reciente de la ETA y volver a ocuparnos de la dictadura Franquista que teníamos casi olvidada?. Ese olvido selectivo no es el amor que todo lo sufre de la carta de San Pablo a los Corintios, es el olvido tramposo de los políticos. Si no nos damos la pela de llegar hasta presentar la otra mejilla para recibir una nueva cachetada, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos seguirán viviendo en medio del horror. Que habrá impunidad no podemos ocultarlo, que corremos el peligro de que los malvados malinterpreten nuestra generosidad como cobardía, es evidente. Solamente el amor absoluto de la doctrina de Cristo puede permitirnos salir del círculo vicioso del rencor que se retroalimenta con el miedo de lo que pasará si dejamos de sentirlo.

Los intolerantes jamás se reconocen como tales. Por este motivo psicológico la tolerancia no puede

administrarse como un tratamiento personal pues quien más lo necesita con mayor fuerza lo rechaza. La tolerancia es un consumo colectivo y debe administrarse a toda la comunidad para ser interiorizada por cada uno imperceptiblemente. Esas campañas de reeducación en valores son cruzadas evangelizadoras dirigidas al corazón de los fieles que pueden llegar también a conmover a quienes no lo son. En mi opinión, hemos desaprovechado el potencial de la doctrina cristiana y la capacidad de transmitirla que tienen las universidades católicas. Estoy tratando de hacerlos recapacitar con el fin de hacerles ver que no es demasiado tarde para aprovechar lo que tenemos.

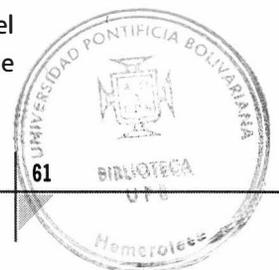
La Bolivariana podría liderar un proyecto ambicioso de reeducación para la paz. Sin embargo, debemos reconocer que existen obstáculos para convencer a los responsables de tomar esa decisión. La conveniencia de convertir la predicación de la tolerancia en preocupación permanente no es una necesidad sentida, porque algunos no la encuentran útil y otros creen haber hecho ya lo suficiente. El asunto es que nosotros, los católicos, dudamos cuando se trata de presentar a la Iglesia como un modelo de tolerancia. La Iglesia carga con el mal recuerdo de la Inquisición. La cruz estaba más cerca del encomendero que del indio dice la leyenda negra de la colonia. Y si así pensamos los que decimos profesar su doctrina no debemos esperar que acepten el liderazgo de la Iglesia quienes siempre la han mirado con recelo acusándola de dogmática e intransigente. O les demostramos que están mal informados o nos resignamos a abandonar la idea de que sea la doctrina católica la que reeduce al pueblo colombiano en la tolerancia. Y si abandonamos esta idea, no veo alternativa que la reemplace para salir del empantanamiento perfeccionista que nos impide aceptar una paz concertada.

Reconozco la dificultad de tratar este tema. Algunos podrían considerar una desfachatez que alguien someta a juicio la validez de las declaraciones de la Iglesia en materia de

tolerancia. Aunque la objeción más dura vendrá de los que aceptando la pertinencia del debate, podrán alegar que más difícil que cambiarles la mentalidad a los colombianos frente al proceso de paz, va a resultar destruir los prejuicios que tienen en materia religiosa y por lo tanto la vuelta que se propone es tonta. Discrepo de estas posiciones vanidosas o pesimistas y tengo la ilusión de encontrar gran receptividad en los colombianos si la Universidad empieza a contar la historia poco conocida de la Iglesia. Mostrando la defensa de la dignidad de las personas con sus aportes al Derecho Internacional o con ese maravilloso documento que es el Derecho de Indias, borramos la leyenda negra de la conquista. Si les damos a conocer la milenaria convivencia pacífica de posiciones intelectuales encontradas dentro del seno de la Iglesia, presentamos una institución acostumbrada al diálogo.

Estamos entonces ante la asignatura pendiente de hacer interiorizar un mensaje de perdón y olvido que no se puede justificar con simples alegatos jurídicos ni puede avalarse apelando únicamente a argumentos contables que muestren una reparación financiera equivalente al daño. Se trata de eliminar el rencor cuando todavía no se ha inventado la manera de deshacer en la memoria las atrocidades del pasado. Los actores del conflicto no son solamente las víctimas y los victimarios de las acciones violentas. Todos somos actores nada más que por haber estado aquí en medio de este horror sin hacer nada para remediarlo y nadie puede eludir la necesidad de olvidar. Educarnos para la tolerancia de un mundo irremediablemente defectuoso es el único camino para aceptar soluciones que jamás podrán satisfacer a los perfeccionistas. La Universidad debe emplear su saber hacer para modificar nuestra actitud espiritual mediante una nueva formulación de la doctrina católica acorde con la línea de tolerancia ya adoptada por Roma.

Roma ha visto derrumbarse los sistemas dogmáticos racionalistas en el corto tramo del siglo XX. Antes se pensaba que únicamente



la religión estaba en el campo de la mística donde el lenguaje carece de sentido. Hoy todo el conocimiento científico se considera ficticio. La posición de Galileo frente a la Iglesia ya no es defendida de manera unánime y algunos historiadores imparciales se atreven a censurarla. No resulta extraño ver una revaloración de la imaginación y de los sueños como fuentes válidas del conocimiento. Este es un tema demasiado abstracto para tratarlo en un discurso, pero resulta indispensable para reivindicar el poder de la fe como fundamento de nuestra conducta cotidiana y, como consecuencia de ello, de la capacidad de la doctrina para llenar los vacíos de los sistemas racionalistas fracasados. La fe nos permite tolerar que el mundo sea como es, algo que los científicos dogmáticos no se resignan a aceptar, pues, según prejuicio del más ilustre de ellos, Dios no juega a los dados.

Aceptemos, en el otro extremo de las ideologías, el diagnóstico pesimista de los escépticos. Supongamos que sí, que todo es ficticio, las fórmulas matemáticas y el Credo, el perdón de los pecados y la fuerza de gravedad. Supongamos algo más preocupante. Supongamos que la solución al enigma del genoma nos permite ya evitar el envejecimiento y la muerte y al suceder este prodigio dejan de asustarnos las penas del infierno. En el supuesto de que lo anterior sea comprobable, yo creo que la doctrina católica sigue vigente, que nada de lo que se pruebe la vuelve obsoleta. Ese es un pensamiento optimista que nos reconforta a la hora de evaluar nuestra fortaleza espiritual para enfrentar el desafío de conseguir una paz estable.

Lo reafirmo tomando la rotunda declaración de don Marco Fidel Suárez en su discurso a Jesucristo en el Congreso Eucarístico de 1913: "La persona de Jesucristo Dios y Hombre se presenta de tal modo a la inteligencia humana que la satisface y sosiega". La angustia de no saber por qué ni para qué existimos no queda resuelta al desaparecer la muerte ni se resuelve al aceptar, con la filosofía moderna, que el idioma es inepto para responder

este tipo de preguntas trascendentales. La angustia desaparece, en cambio, cuando una religión puede satisfacer mis incertidumbres. Si el amor cristiano ha logrado el consenso mayoritario de la civilización occidental en torno a una fórmula de convivencia basada en el perdón, debemos aprovechar esa fórmula para nuestro empeño en pro de la paz.

Creo en la capacidad de la Universidad Pontificia Bolivariana para demostrar la antigua y probada autoridad de la Iglesia en su misión apostólica de hacer valer los principios fundamentales del cristianismo que nos ordenan amar a los enemigos. Creo que esos principios pueden ser interiorizados por los colombianos si se predicán con fe y sinceridad. Cuando la educación en la Bolivariana esté centrada en esa tolerancia redefinida que nos enseña a aceptar la naturaleza esencialmente imperfecta del mundo y esa educación logre extenderse más allá de las aulas a toda la comunidad porque es transmitida con la seguridad contagiosa de quien sabe que está enseñando lo correcto, la contribución de la Universidad al desarrollo social y humano alcanzará su cota más alta. Si tiene éxito, y estoy segura de que lo tendría si se decidiera a intentarlo, esa contribución sería de proporciones gigantescas.

Muchas gracias por su atención.